

EL LABERINTO Y EL HILO

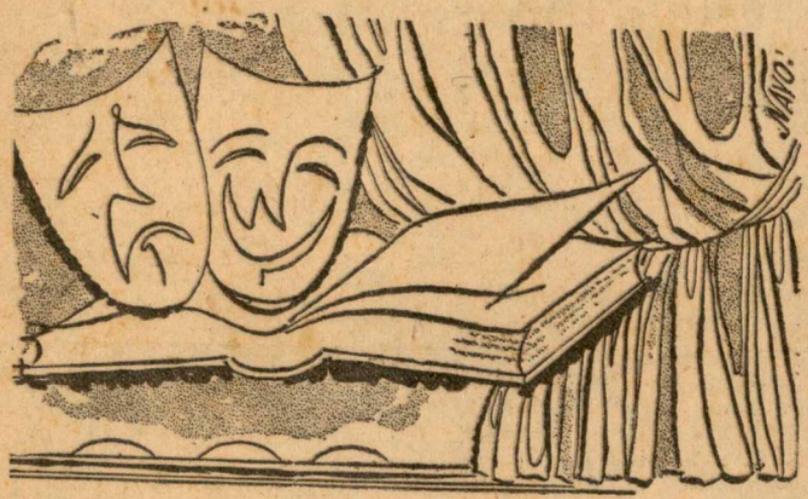
Un conflicto: arte y moral

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Entre una agrupación cultural y un conjunto de teatro se ha suscitado, en Trujillo, un debate que, en esencia, toca un aspecto tradicionalmente conflictivo de la especulación intelectual: el de las relaciones de la ética y la estética. La primera institución le reprocha a la segunda el haber iniciado sus actividades con la representación de una pieza en la cual aparecen "todas las degradaciones que podrían inducir al adolescente hacia el camino del desvarío", en tanto el conjunto dramático apela al derecho que asiste al arte de crear sin trabas ni prevenciones, dentro del realismo que han escogido como orientación para su trabajo escénico. El problema no es sencillo y es imposible emitir un fallo

composición bella, qué duda cabe, para que tenga un efecto positivo y sea loable.

El problema, por cierto, no queda en un esquema tan simple. Una pieza teatral puede parecer inmoral (las tendencias realistas contemporáneas emplean a menudo la versión más cruda de los hechos precisamente para revelar su trasfondo sucio y despreciable) y resonar, sin embargo, en el espectador de un modo moral, desgarrando su ser, mostrándolo desnudo y provocando en él la auto-compasión. Hay quienes defienden las convenciones (suponiéndolas equivocadamente intangibles), sin saber que defienden una causa retrógrada. No están lejos éstos en su exceso de los que usan el arte —y, en especial, el arte que lle-



neto ajante al respecto. La historia recuerda innumerables casos de censuras de carácter moral que no han sido burdas expresiones de pacatería, pero también hay memoria de indulgencias atribuidas en homenaje a la libertad de creación que han dado pábulo al emponzoñamiento de un público y hasta de un pueblo entero. ¿Hay una norma general, un principio objetivo y valedero siempre, que aplicar en el caso de un entredicho como el que ahora agita a Trujillo?

El cronista no quiere emitir un juicio de valor acerca de la obra en discusión. Prefiere apuntar, a propósito, algunas ideas en torno al problema señalado. Toda creación literaria tiene una intención. Ella está implícita en la historia que se narra. En el argumento está, pues, diluida, en mayor o menor grado una doctrina. Ella constituye la intencionalidad de la fábula que una novela, un cuento, una comedia o un drama cuentan. Es a esa intención a la que se debe acudir para dictaminar el carácter moral de la pieza literaria. Es cierto que si una obra teatral tiene como objetivo, por ejemplo, encender o atizar los prejuicios raciales, ella es condenable, aunque esté bellamente escrita y su realización técnica sea perfecta. Mas eso no equivale a lo contrario: que una obra de mal gusto y estructura defectuosa merezca el elogio por el mero hecho de que se intenta edificar mediante su moraleja. La doctrina buena necesita de un argumento interesante y de una

ga a las masas— para inculcar a la gente, conceptos erróneos: las dictaduras contemporáneas también apelan a la ética para obligar a los escritores a escribir a favor de una determinada tendencia política. En suma, se puede decir que casi todo el cine populachero de nuestra época —y esto es aleccionador— conspira contra la verdad al socaire de ciertas falsas buenas costumbres, y nadie se decide en definitiva a ponerle coto.

El caso de Trujillo es difícil de juzgar. Piénsese que grandes escritores católicos —Claudel, Greene, Montherland, Mauriac, etc.— no rehuyen la presentación de la ruda realidad en sus aspectos más escandalosos, pese a que buscan ilustrar la doctrina y la teología cristianas, y que, en cambio, algunas piezas del género chico, a las que nadie suprimiría una letra porque se supone que están escritas en broma, para divertir, llevan en sí un veneno terrible, el veneno de la tontería, de la exaltación de las manías sociales, de la chatura mental y espiritual, lo cual es inmoral porque degrada al hombre y lo reduce a ser un autómatas que procede por hábito, no por libertad. De ahí que deba temblar quien ponga en su mano el lápiz censor. Su tarea puede resultar, a la postre, tan dañina, o más, que la de aquel que, consciente o inconscientemente, induce al lector o al espectador a la confusión, porque la frontera de lo ético y lo estético es apenas una línea que ondula y a veces desaparece.